

AMÉRICO CASTRO. *Ensayo de historiología*, Nueva York, 1950.

He de enfrentar en mi obra *España, un enigma histórico*, próxima a aparecer, la teoría historiográfica defendida en el estudio que motiva estas líneas, apostilla en franca retirada, inconfesa, de *España en su historia*. No voy por ello a comentar aquí su tesis. Me interesa sólo contradecir una de sus afirmaciones.

En su *Ensayo de historiología* Américo Castro traza un peregrino paralelo entre los imperios árabe y español. Intenta explicar por las diferencias que los apartan las que separan a musulmanes y españoles, pues mi viejo amigo y colega procura ahora destacarlas en oposición a su anterior empeño de abultar las semejanzas que, según él, habrían llegado a unir a los dos pueblos. « Los hispano-cristianos, dice, no cayeron como un alud sobre la tierra hispano-islamita en el siglo XI, como los beduinos cayeron en el VII sobre Siria, Egipto y el Irán, ni impusieron su religión a los vencidos. La capital del califato estuvo fuera de Arabia; la del imperio español no fué Nápoles, Milán o Bruselas, sino Madrid ». « Los reinos de España... se mantuvieron siempre distintos y desligados de los pueblos con otro tipo de vividura, señoreados por ellos. No españolizaron a Italia y a Flandes ». « Si los beduinos de Arabia llegaron a alcanzar bastante del saber de los griegos por haber señoreado las tierras helenizadas de Siria, Egipto y Persia ¿cómo no se adueñaron los españoles de los hábitos mentales de Italia, de Borgoña y de Flandes? »

No acierto a comprender cómo la mente aguda y clara de Castro ha podido imaginar tal paralelo. Castro parangona aquí de continuo ideas y procesos heterogéneos y comete a veces serios atentados contra la exactitud histórica. No es lícito comparar la *Reconquista* del solar nacional con la formación de ningún imperio. Ni legítimo equiparar la islamización, que implica simplemente la conversión a una doctrina religiosa y la adopción de la lengua litúrgica correspondiente, al cabo dos puros fenómenos de cultura, con la hispanización de América que supuso la integral propagación de un estilo de vida. Ni cabe contraponer la recepción por los árabes del saber de los pueblos conquistados por ellos, otro proceso cultural, con la adopción por los españoles de los hábitos mentales de los países europeos incorporados a su imperio, adopción que habría supuesto un cambio importante en la contextura vital de los hispanos.

Y no es acertado enfrentar el respeto por los cristianos españoles de la religión de los islamitas peninsulares por ellos sometidos, con la conducta de los conquistadores musulmanes para con la fe de los pueblos por ellos conquistados, pues tampoco fueron obligados a islamizar los cristianos vencidos por los árabes. Ni es razonable comparar la forma en que las posesiones de la casa de Austria se unieron a los reinos peninsulares al heredarlas todos el nieto de los Reyes Católicos con la conquista a hierro y a fuego de las provincias bizantinas por los guerreros islamitas. Ni es prudente parangonar los resultados de

más de trece siglos de islamismo con lo fugaz del auténtico señorío español en sus dominios europeos que Castro antedata con error, pues contra lo que afirma, España no empezó a dominar en Flandes en 1517, cuando Carlos V desembarcó en Castilla, sino después de las campañas de Alba y de Farnesio.

Si Castro no se enfadara demasiado yo me atrevería a calificar de absurdo el paralelo entre los dos procesos imperiales. Los beduínos se hallaban en una tremenda inferioridad cultural frente a los pueblos helenizados que lograron conquistar tras una alucinada y alucinante aventura guerrera, y sólo pudieron aprender de ellos, imitarlos y explotarlos. Los españoles poseían o una cultura pareja a la cultura de los diversos y dispersos países de Occidente — recordemos, a guisa de ejemplo, la *Poliglota Complutense*, y los matemáticos españoles que enseñaron poco después en la Sorbona —, o una cultura infinitamente superior a la de los pueblos por ellos conquistados aquende el Océano. Los beduínos tenían delante de los ojos un gran imperio que imitar, el bizantino; España era una simple federación de estados y no dejó de serlo tras su rápida ascensión histórica. Los beduínos no arabizaron Siria, Egipto, Mesopotamia o Persia durante los largos siglos que los rigieron dinastías de ascendencia arábiga; los españoles hispanizaron su imperio americano y, como el mismo Castro reconoce, cambiaron ocasionalmente la estructura funcional de los napolitanos — que no llegaron a señorear dos siglos — hicieron Bélgica en siglo y medio — desde la llegada de Alba hasta Utrech — y dejaron en Sicilia huella profunda. Y los beduínos no expandieron una cultura ni un estilo de vida — no cabe identificar la cultura y el estilo de vida islámicos con la cultura y el estilo de vida arábigos —, mientras los españoles exportaron sus viejas esencias culturales y su herencia temperamental bimilenaria.

El error de Castro procede tal vez de su equivocada concepción acerca del nacimiento de la cultura y del estilo de vida musulmanes. Deben muy poco a los beduínos. Surgieron en los países por ellos conquistados y tienen hundidas sus raíces en las tradiciones espirituales y en las contexturas vitales de los pueblos que habitaban en los dos imperios bizantino y sasánida. Castro yerra al afirmar que los musulmanes no hicieron revivir a Homero, Sófocles, Píndaro o Aristarco « porque hacerlo hubiera supuesto escapar a la estructura de su existencia personal »; tampoco los revivieron los herederos directos de las formas de cultura y de la contextura vital de los antiguos griegos: los hombres de Bizancio. Y además quienes desarrollaron la cultura islámica no fueron los nietos de los conquistadores musulmanes sino los descendientes de los por ellos sojuzgados. Los dos califatos de Damasco y de Bagdad fueron en verdad un imperio sirio y un imperio mesopotámico cobijados bajo la cúpula religiosa del Islam, también influenciado por las ideas de los pueblos que habían conquistado los primeros sucesores del Profeta. Al principio los beduínos intentaron recuperar la dirección política y vital del islamismo mediante el forcejeo de una guerra que terminó con el incendio de la Ciudad Santa por los sirios. Después, los beduínos que se habían establecido en las

tierras conquistadas conservaron muy poco de su primitiva — su lengua, su poesía... — y o se dejaron absorber sin resistencia y sin disgusto por las formas de vida y de cultura de las provincias bizantinas o sasánidas o sufrieron irritados y sañudos la consumada derrota de lo arábigo. Y los que quedaron en Arabia, al margen del imperio fundado por sus antepasados, es decir, los más de los árabes, siguieron viviendo en su península semidesierta sin alterar sus hábitos culturales y vitales preislámicos.

Castro ha olvidado otra vez la fecundidad creadora de la cúpula entre cultura y vida. A esa fecundidad y no a la imposibilidad de los pueblos de variar la dirección que sus estructuras funcionales imprimen a su existir histórico, como Castro cree, se debe sin duda, la distinta suerte de las minorías árabes que sufrieron el impacto de las culturas helénica y persa y de las masas que permanecieron en su patria y no fueron por ellas penetrados. Los primeros experimentaron cambios decisivos en su contextura vital y los segundos mantuvieron inalterada su herencia temperamental milenaria.

El frustrado parangón del imperio árabe y del español por mi viejo colega y amigo descubre además su errada concepción del islamismo como una firme estructura funcional. Bajo su cúpula cultural perduraron las contexturas vitales de los diversos pueblos islamizados, distintas entre sí y distintas también del peculiar estilo de vida del propio pueblo árabe. Cuando Castro habla de la disposición existencial de los musulmanes realiza una abstracción, porque no fue igual el modo de estar en la vida del mogrebí, el bereber, el egipcio, el palestino, el iraqués, el iraní, el árabe o el islamizado hindú. Castro apoya sus conclusiones sobre la estructura funcional de los islamitas en textos literarios que reflejan a lo sumo — y tal vez ni siquiera eso — la contextura cultural, no la vital, de una minoría directriz internacional, internacional dentro del mundo complejísimo de los países islámicos. ¿Cómo vivían en éstos los viejos pueblos subyugados? La pregunta entraña un grave problema por Castro dejado de lado en su magnífica obra, pero que tiene enorme importancia para juzgar de los frutos históricos del mestizaje entre lo hispano-musulmán y lo hispano-cristiano, del que hace derivar lo español.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ.